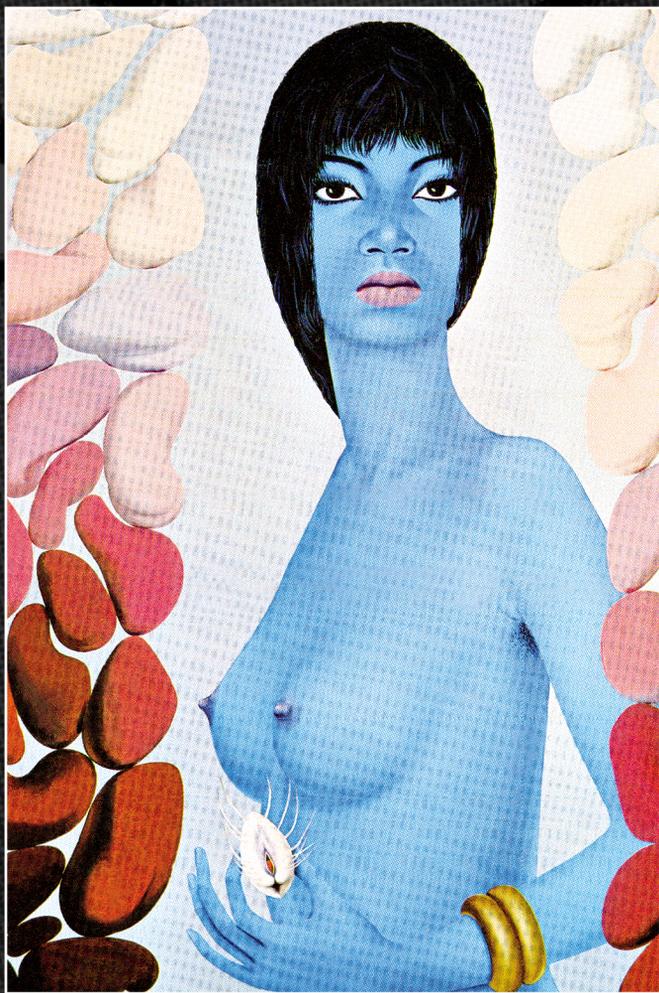




Universidad  
Inca Garcilaso de la Vega  
Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas

MARCO AURELIO DENEGRI  
HECHOS Y OPINIONES  
ACERCA DE LA MUJER



Fondo  
EDITORIAL  
Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Marco Aurelio Denegri

# Hechos y opiniones acerca de la Mujer

## FICHA TÉCNICA

Título:	Hechos y opiniones acerca de la Mujer
Autor:	Marco Aurelio Denegri
Serie:	Obras Escogidas
Código:	HUM - 001-2016
Editorial:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato:	140 mm x 220 mm 344 pp.
Impresión:	Offset y encuadernación en rústica
Soporte:	Cubierta: folcote calibre 14
Interiores:	bond avena de 85 g
Publicado:	Lima, Perú. Junio de 2016
Tiraje:	2000 ejemplares

Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Rector: Luis Cervantes Liñán

Vicerrector Académico: Jorge Lazo Manrique

Vicerrector de Investigación y Posgrado: Juan Carlos Córdova Palacios

Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Av. Arequipa 1841 - Lince

Teléf.: 471-1919

Página Web: [www.uigv.edu.pe](http://www.uigv.edu.pe)

FONDO EDITORIAL

JR. LUIS N. SÁENZ 557 - JESÚS MARÍA 7 TELÉF.: 461-2745 ANEXO: 3712 - 3720

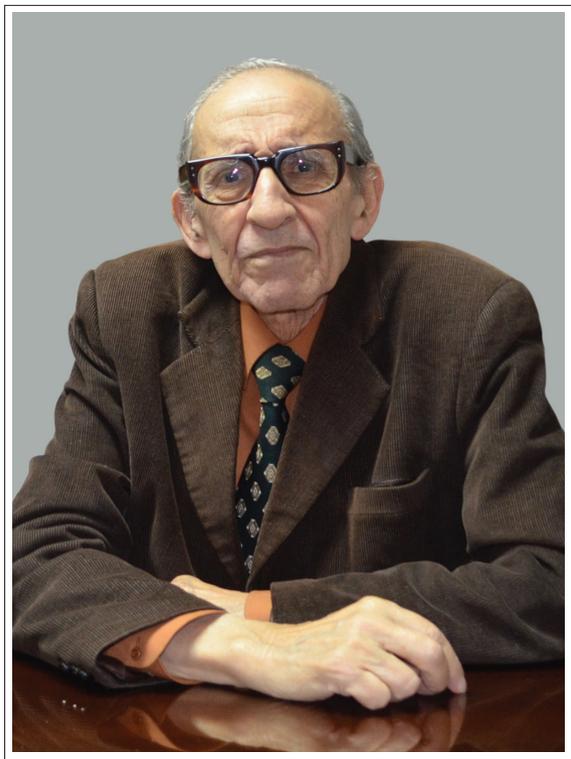
Coordinación editorial: Nériada Curazzi Gutiérrez

Corrección del texto: Lourdes Abanto Bojórquez

Diseño de carátula y diagramación: Juan Valverde Talavera

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,  
sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-07520  
ISBN: 978-612-4050-97-8



*Marco Aurelio Denegri*

# ÍNDICE

Presentación del Fondo Editorial	13
Exordio	15
I. Un auge que las feministas ni siquiera imaginaron	17
II. Mamas y nalgas	21
III. La violación sobre el tapete	29
IV. ¿Siempre ha interesado la mujer al hombre?	35
V. Matrifobia	39
VI. Izquierdismo total	51
VII. El amor sin cara	53
VIII. La eyaculación precoz como disfunción específica del coito heterosexual	57
IX. La mujer, ¿personificación de lo sexual?	65
X. ¿Quién es más hematólata, el hombre o la mujer?	69
XI. Multiorgasmidad femenina	73
XII. «La Poto Bendito»	81
XIII. A ver, las concursantes, por favor, ¡desvístanse!	83
XIV. Infertilidad singular	87
XV. La psicopatología sexual de la brujería	93
XVI. Llanto de alegría	105
XVII. Las ojeras	111

XVIII.	¿Quién debe hacer la inserción vergal en la vagina?	119
XIX.	La perla y las pescadoras de perlas	121
XX.	De la desnudez simbólica al «strip tease»	129
XXI.	Danza lasciva	133
XXII.	Entendamos de una vez el machismo	135
XXIII.	El Punto G	139
XXIV.	Es menester que ella asombre y encante	147
XXV.	Consecuencias displacenteras de la multiplicación orgásmica en la mujer	149
XXVI.	Velamiento y mal de ojo	151
XXVII.	El Efecto Cíclido	155
XXVIII.	Teólogos tetales	159
XXIX.	Placer femenino del Ochocientos: fumar	161
XXX.	Noticias y comentarios acerca del harén	173
XXXI.	Los arquetipos demeteriano y afroditano de realización femenina	201
XXXII.	Orgasmogénesis tocócica	205
XXXIII.	Notas lexicográficas concernientes a la mujer	213
	Tetamenta	213
	Estar hueca	214
	Dueño	215
	Virago	216
	Concha	216
	«Unikini»	217
	Hasta el cuello del útero	218
	Sexúngula	218

	Colchonable	218
	Carúnculas mirtiformes	219
	Furor uterino	219
	Ms.	220
	Pobra y póbrida	220
	Calipigia	221
XXXIV.	El himen del silencio	223
XXXV.	Recordando a Cristina Gálvez	227
XXXVI.	Goce extramarital	231
XXXVII.	Liberación femenina desértica	233
XXXVIII.	La del aliento viril	235
XXXIX.	«¿Tuía i to nira?»	237
XL.	Desatando el nudo orgásmico femenino	239
XLI.	«Cara, mostramelo»	249
XLII.	La receta del tío Metreque	251
XLIII.	Estado honesto	253
XLIV.	Marihuana, mutilaciones sexuales y virginidad en el Oriente Medio	255
XLV.	Orgasmo y cultura	269
XLVI.	Misoginia	271
XLVII.	«¡Es mucho hombre esta mujer!»	275
XLVIII.	Opiniones autorizadas	277
XLIX.	Cuando no era la madre sino la nodriza la criadora de la prole	281
L.	Lisa Lyon	291
LI.	Linda Lovelace	299
LII.	Odaliscas sáficas	305

LIII.	Putas singulares y gustos inusuales	307
LIV.	Bonnard y la extraordinaria representatividad pictórica de su consorte	309
LV.	La lengua fálica	313
LVI.	Genitalización y complejo edípico	317
LVII.	Antigüedad de la tetofilia	321
LVIII.	La rabona	323
LIX.	Ima Súmac	329
LX.	Cultura y contracultura (Útilogo extrafemenino)	335

## PRESENTACIÓN DEL FONDO EDITORIAL

Respecto a la mujer, es muy difícil y hasta imposible ser imparcial y completamente objetivo, pero al menos tratemos de emitir sobre este asunto opiniones fundadas. Lo terrible es hablar por hablar, sin orden ni concierto y sin tasa ni medida. Informémonos primero y discurramos luego.

Yo no soy especialista en este tema, pero cuando leí, hace alrededor de veinte años, *El Segundo Sexo*, de Simone de Beauvoir, me convencí de que se trata de un asunto amplio, delicado y complejo y que sin los debidos conocimientos es inevitable que profiramos solamente inconsistencias y sandeces.

Este nuevo libro de Marco Aurelio Denegri es un correctivo eficaz de la ignorancia reinante, secular y extensa, en relación con la mujer.

FERNANDO HURTADO GANOZA  
JEFE DEL FONDO EDITORIAL UIGV

## EXORDIO

Acerca de la mujer se me ocurren muchas cosas que se agolpan, por venir juntas y de una vez, prontamente. Por eso vacilo y hasta me confundo, pues no sé por dónde empezar. Ahora calo bien ese verso de Vallejo, en su soneto «Intensidad y altura», cuando el santiaguino confiesa que quiere «*decir muchísimo*» y se atolla.

No es que yo me atolle, pero me resulta difícil –sí, difícil– precisar y ordenar mis ideas y sentimientos concernientes a la mujer. Sin embargo de lo cual, me decidí a precisarlos y ordenarlos y me apliqué en ello hasta conseguirlo. Además, me propuse sucintarme cuando lo permitiera el asunto y realmente me he sucintado. Al fin y al cabo, como decía Gracián, la brevedad es lisonjera y más negociante. Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto.

Desde luego que si el tema demandaba de extensión, se la he dado intitubeante, lo cual ocurrió, verbigracia, cuando desenvolví el tema brujeril y así mismo en otros casos, aunque no en muchos.

Los textos que siguen son femeninos, esto es, relativos a la mujer: noticia de ella y discurso sobre ella. Pero advierto que los textos carecen de ilación y no son consecutivos. Lo hice expresamente así en aras de la variedad y deseoso de interesar siempre al lector y no fatigarlo nunca.

*Marco Aurelio Denegri*

# I

## UN AUGE QUE LAS FEMINISTAS NI SIQUIERA IMAGINARON

El hombre y la mujer se han pintado la cara desde tiempo inmemorial, posiblemente desde el Paleolítico Superior, cuando habitaban en las cavernas. Y no sólo se han pintado la cara, sino otras partes del cuerpo; pero sobre todo la cara. Y esas pinturas eran signos de jerarquía, o de pertenencia clánica, totémica o tribal, y así mismo señales o formas de identidad, y además, naturalmente, adornos.

Las mujeres –como ya dije– vienen pintándose el rostro desde hace muchísimo tiempo, desde que eran cavernícolas; pero no practicaban la cosmética, cuyo inicio es bastante posterior y presumo que ocurrió hace cuatro mil años, aproximadamente. Baste decir que ya existía en la época de Nefertiti, la famosa reina egipcia, que vivió hace 35 siglos.

Ahora bien: concuerdo con Julián Marías cuando dice que las mujeres, en general, se han pintado para dar o devolver a su rostro o a sus cabellos las líneas o el color que habían perdido o que ellas deseaban intensificar; pero este remozamiento lo hacían de tal manera que no se notase y que todo pareciese *natural* y propio. «*La mujer bien maquillada* –dice Marías– *era la que parecía no estarlo.*» (Julián Marías, *La Mujer del Siglo XX*, 150.)

La corrección o realce de los detalles faciales no debía, pues, notarse. La mejora de la apariencia femenina se había producido, pero debía pasar inadvertida. Sin embargo, el artificio obraba como señuelo y el hombre consiguientemente era o podía ser presa fácil del engaño. De ahí que los moralistas la emprendiesen con la mujer *engañadora* que se pintaba. Recuérdese, a este propósito, que en la Gran Bretaña se dio una ley, en 1770, en cuya virtud se prohibía a las mujeres «*inducir arteramente a los hombres al matrimonio valiéndose de medios como perfumes, cosméticos, pinturas, dientes o cabellos postizos, tacones altos, corsés y caderas artificiales*». (Vicente Vega, *DRIC*, s.v. «Maquillaje».)

La mujer decente, la mujer fina, no se maquillaba, o se maquillaba apenas. Las que se maquillaban llamativamente eran las comediantas, las mujeres de la farándula, y por cierto aquellas otras a las que se llamaba de la vida alegre. Una mujer con exceso de maquillaje tiene siempre aspecto ridículo y payasiento, vulgar.

Baudelaire cuenta que Luis XV sentía franca aversión por la mujer maquillada; le parecía intolerable. Y esto lo sabían muy bien sus amantes; y cuando una de ellas, la condesa du Barry, no quería recibir al rey en su aposento, se maquillaba. El rey, al verla maquillada, perdía todo su impulso libidinoso, se daba media vuelta y se iba.

El maquillaje carecía, pues, de buena prensa y era malquisto por la gente distinguida. Situación que aún tenía plena vigencia en los siglos XVIII y XIX. En el siglo XX se produce un cambio fundamental. Sí, fundamental, porque la mujer deja de ocultar que se maquilla y comienza a maquillarse delante de los demás. Reconoce, públicamente, que se pinta, y la vemos entonces, por ejemplo, en una reunión, sacar su polvera y su lápiz de labios y pintarse tranquilamente ante los circunstantes. Declara así y afirma la *no-naturalidad* de su rostro.

Muchos años después, esta *no-naturalidad* comprendería también la cabellera, los párpados, la nariz, los labios, los

pechos, las nalgas, en fin, todo lo modificable y operable del soma femenino. Sabido es que en la actualidad una reina de belleza ha llegado a serlo después de someterse a diez o quince operaciones. Ahora es cada vez más raro ver pasar por la calle una mujer a la que se le mueva y bambolee la tetamenta. Cuando se mueve y se bambolea, ello es indicativo de que la tetamenta es *natural*. Bamboleo y movida que tienden a desaparecer por el triunfo de la silicona; y ya se sabe que las tetas asiliconadas son generalmente tetazas, pero no tienen gracia ni movimiento.

Las mujeres son pues cada vez *menos naturales* y poco les falta para llegar al colmo del artificio, aunque de hecho muchas ya han llegado al *súmmum*, o como antes se decía, a la *intemerata* de la artificialidad. Todo en ellas es artificioso, añadido, sobrepuesto, *no-natural* e inauténtico. Además, están con la obsesión de la *eterna juventud*; no quieren envejecer; pero, a un tiempo, el Orden Establecido les exige que entren a tallar muy jovencitas, a los 12 ó 13 años, porque se valora mucho a la niña-mujer y se la engríe, mima y aplaude cuando se luce en las pasarelas o cuando seduce a algún galancete en una telenovela. Ocurre, sin embargo, que la niña-mujer, bien maquillada y sensual, comienza a marchitarse a los 18 y entonces los hombres la cambian por dos de 10.

La artificialidad y la artificiosidad de la mujer han aumentado y seguirán aumentando porque la moda, las prendas de vestir, los cosméticos y las operaciones de estética femenina son negocios fabulosos.

Para apreciar el carácter fabuloso de lo antedicho, bastará revisar el número especial de *Vogue*, de septiembre del 2001; de sus 722 páginas, 700 son de avisos. Hace 26 años, en 1984, un número especial de *Vogue*, equivalente a éste, era tres veces menor en número de páginas y desde luego en avisaje. Todo lo que está al servicio del mundo de la mujer se ha disparado, ha crecido, se ha incrementado inmoderadamente. El cuerpo de la mujer, la belleza de la mujer, sus sueños y fantasías y todas sus

locuras juntas producen, en quienes saben aprovecharlas y comercializarlas, ganancias absolutamente fantásticas.

El nuevo feminismo, como la contracultura, surgió en la década de 1960. Ha hecho avances significativos y tiene en su haber logros importantes que benefician a la mujer. Sin embargo, ni la más perspicaz de las feministas pudo sospechar el auge impresionante que ha tenido en las dos últimas décadas la llamada mujer-objeto, la mujer de exhibición y lucimiento, de admiración y de culto, y que por supuesto está a mil años-luz de la mujer que encomian y valoran las feministas.

## II

# MAMAS Y NALGAS

### La especie impeluda

De las 193 especies vivientes de monos y simios, una sola, la nuestra, carece de pelo. Por eso Morris llama justamente *mono desnudo* al hombre. Desnudez que posibilitó el desarrollo de pechos prominentes. La ostensibilidad de abultamientos tetales habría sido mucho menor en una hembra velluda. Y no siendo ostensibles no habrían podido cumplir debidamente la función que por salientes cumplen: la de señalar. Su función es señaladora, como la de la boca.

### Nuestra hemisfericidad tetal

*«Otras especies de primates –dice Morris– ofrecen a sus retoños una lactancia copiosa y, sin embargo, sus hembras no presentan mamas hemisféricas claramente definidas. En este particular, la hembra de nuestra especie es única entre los primates. La evolución de tetas prominentes y de forma característica parece constituir otro ejemplo de señal sexual, hecha posible y fomentada por la evolución de la piel desnuda.*

*«Además de su forma ostensible, sirven también para concentrar la atención visual en los pezones y hacer más visible la erección del pezón que acompaña a la excitación*

*sexual. La zona pigmentada de piel alrededor del pezón, cuyo color se oscurece durante la excitación sexual, es significativa en el mismo sentido.» (Desmond Morris, *El Mono Desnudo*. Barcelona, Plaza & Janés, 1968, 86.)*

## La aproximación por detrás

*«Debió de haber un tiempo –presume Morris–, en época de nuestros remotos antepasados, en que se empleó la aproximación por detrás.*

*«Supongamos que hubiésemos llegado a la fase en que la hembra incitaba sexualmente al macho desde atrás, con un par de carnosas nalgas hemisféricas que, digámoslo de paso, no se encuentran en ninguna otra especie de primates, y con un par de brillantes labios genitales.*

*«Supongamos que el macho hubiese adquirido una fuerte sensibilidad sexual para responder a estas señales específicas.*

*«Supongamos que, llegada a este punto de su evolución, la especie se volviese cada vez más vertical y orientada de frente en sus contactos sociales. En esta situación cabría esperar que encontrásemos alguna especie de autoimitación frontal del tipo que hemos visto en el mandril.*

*«Si observamos las regiones frontales de la hembra de nuestra especie, ¿podemos descubrir alguna estructura que sea posible remedo de la antigua exhibición de las nalgas hemisféricas y de los rojos labios?»*

## Tetalidad y labialidad

*«La respuesta aparece con la misma claridad en el propio pecho de la hembra. Las tetas protuberantes y hemisféricas de la hembra son, seguramente, copia de las carnosas nalgas, y los vivos y definidos labios rojos de la boca deben de ser réplica de los de la vulva. (Conviene*

*recordar que, durante una excitación sexual intensa, tanto los labios de la boca como los labios genitales se hinchan y adquieren un color más intenso, de modo que no sólo se parecen, sino que cambian también de igual manera con la excitación sexual.)*

*«Si el macho de nuestra especie estaba ya obligado a responder sexualmente a estas señales cuando procedían de la parte posterior de la región genital, tenía que forjarse una nueva susceptibilidad en su presencia, siempre que se reprodujesen en la parte frontal del cuerpo de la hembra. Y esto es lo que al parecer ocurrió, precisamente, al adoptar las hembras el duplicado de sus nalgas y labios genitales en el pecho y la boca, respectivamente.» (Morris, o. c., 91-92.)*

En su *Intimate Behaviour* reitera Morris la hipótesis de que se trata. Dice:

*«La hembra adulta de la especie humana es el único primate que posee un par de glándulas mamarias hemisféricas, que son protuberantes incluso cuando no producen leche, y que evidentemente son algo más que un simple aparato de alimentación. Yo creo que, por su forma, pueden considerarse como otra imitación de una zona sexual primaria. Dicho en otras palabras: como copias biológicamente realizadas de las nalgas hemisféricas. Esto da a la hembra una poderosa señal sexual, cuando está de pie, en actitud exclusivamente humana, frente a un varón.» (Desmond Morris, *Comportamiento Íntimo*. Barcelona, Plaza & Janés, 1972, 54.)*

## **Eysenck: hipótesis inatendible**

De una llamativa implausibilidad le parece a Hans Jürgen Eysenck la hipótesis de Morris: *«an extraordinary unlikely hypothesis»*, dice el impugnante.

*«No sólo se trata de una hipótesis inattractiva y huérfana de todo respaldo fáctico, sino que es difícil*

*ver cómo podría uno fundamentarla de algún modo significativo. Las hipótesis que no pueden falsificarse no son hipótesis científicas; y la de Morris, con sus implicaciones freudianas simbólico-interpretativas, no sugiere ciertamente ningún método de falsificación posible.*

*«Pero hay algo peor: la hipótesis encierra una contradicción interna. Si nos gusta B porque se parece a A, entonces naturalmente B no puede gustarnos más que A (B nunca puede ser más A que A misma). Pero como hemos visto hay hombres filotetales (amantes o gustadores de las tetas), así como los hay filonalgales (amantes o gustadores de las nalgas). ¿Cómo puede ser esto posible si ellos solamente gustan de las tetas porque éstas se parecen a las nalgas?*

*«Ni Morris, ni Wilson, ni Nias, se ocupan de ésta ni de otras objeciones; dejan la singular idea en solitario esplendor, privada de todo abrigo. Uno se siente entonces dispuesto a hacerse eco de la famosa observación del Duque de Wellington, cuando lo detuvo en la calle un caballero preguntándole cortésmente:*

*«—¿El señor Pérez, si no me equivoco?*

*«Wellington contestó:*

*«—Si usted es capaz de creer eso, entonces usted es capaz de creer cualquier cosa.»*

*(H. J. Eysenck, «A fact is a fact». Books and Bookmen, 1976, septiembre, 24-25.)*

## **Irregencia instintiva**

Para los que no creemos que el instinto sea el rector de nuestra actividad sexual, nos ha de parecer y nos parece inaceptable que ésta se suelte o libere por estímulos-señal. Ello ocurre entre los animales, que además no perciben los objetos como cosas distintas; sólo conjuntos o configuraciones, *Gestalten*, *patterns*; y los estímulos-

señal son únicamente significativos en relación con dichas formas unitarias o situaciones complejas, porque solos, o como si dijéramos, descontextuados, no significan nada para el animal.

Por otra parte, el comportamiento instintivo (secuencial, fijo y ritualístico) se manifiesta característicamente en la acción consumatoria. La ejecución o consumación es el acto instintivo por excelencia y es desde luego imperfectible. Ahora bien: la consumación coital humana, por ejemplo, inautomática y arrígida, es obviamente perfectible. Bien lo sabía Vatsyayana y por eso compuso su inestimable *Kamasutra*.

La operatividad de los estímulos-señal supone la instintividad de los respondientes; pero su inoperatividad es clarísima en animales desinstintivos y eróticos como nosotros, capaces, verbigracia, de reflexionar sobre un estímulo recibido, y de representárnoslo, imaginárnoslo, fantasear con él. El animal, no; siente tan sólo el acicate que lo mueve y, movido por él, ejecuta el acto correspondiente.

«*El estímulo –dice Bounoure– no es una señal interpretada por el individuo; el estímulo sólo es captado como señal en cuanto responde a un esquema innato en su específica organización nerviosa.*» (Louis Bounoure, *El Instinto Sexual*. Madrid, Ediciones Morata, 1962, 193; véanse también las páginas 31-34.)

Cuando el polluelo de la gaviota argétea tiene hambre, picotea la mancha roja que hay en el pico de ésta. Entonces la gaviota desembucha o regurgita el alimento. La mancha roja provoca la reacción *innata* de picoteo.

## Capacidad adquirida

La capacidad para responder a un estímulo-señal es innata, no se adquiere. Pero el hombre, según Morris, tuvo que adquirirla, y, adquirida, le sirvió también, posteriormente, para responder ante la réplica mamario-

bucal; fue una especie de extensión creadora de «*una nueva susceptibilidad*».

Pero, ¿para qué suponer todo esto si el estímulo-señal ya podía desencadenar en el hombre acciones instintivas? Se dirá que el hombre sí tiene instintos; muy bien, admitámoslo momentáneamente; pero entonces no puede decirse a un tiempo que adquirió la capacidad de responder a cierta estimulación señaladora, porque esa capacidad forma parte de un complejo instintivo con que el animal nace. Es capacidad instintiva *per se*. No es necesario suponer ninguna adquisición. O se viene con ella o no se viene con ella; si no se viene, entonces ciertamente puede adquirirse, pero puede perderse también; en todo caso, aquí ya no tienen nada que ver los estímulos-señal, porque no estamos en el dominio del instinto sino en el terreno del aprendizaje.

## Conclusión

Paréceme, pues, inaceptable la hipótesis de Morris; y, sin embargo, por otra razón, me parece interesante; hace pensar, pone en funcionamiento ese aparato –así llamaba Bierce al cerebro, *aparato*– con el que pensamos que pensamos.

## Post-scriptum

En su libro *Eva al Desnudo*, Elaine Morgan tilda de «*tarzanista*» a Morris y considera «*androcéntrica*» su hipótesis. «*El argumento –dice Morgan– es netamente circular: ‘Para mí este atributo es excitante; por consiguiente, debe haberse desarrollado para que yo pudiera encontrarlo excitante.’ Es lo mismo que decir que las mujeres se contonean al andar porque eso es atractivo para el varón.*»

Mi querida Elaine Morgan: Morris no dice eso; tú se lo haces decir, para tener la dudosa satisfacción de rebatir una

simplonada. Así es muy fácil discutir. Además, si no te gusta la hipótesis de Morris, a mí me gusta mucho menos la tuya, según la cual los pechos prominentes de la mona desnuda se desarrollaron para que el infante pudiera agarrarse bien de ellos y mamar debidamente. Esto sí que es una simplonada, y doblemente grave, pues la encaja en la teoría acuática de la evolución humana, que los científicos desestiman, no por «*machistas*», sino porque es científicamente inadmisibile. En efecto, ¿de qué pruebas se dispone para sostener fundadamente que el mono desnudo pasó una larga temporada en el agua durante su evolución? De ninguna prueba directa; lo único que hay son indicios indirectos, y con simples indicios no es válido, ni serio, ni científico, construir toda una teoría. Lo que sí se puede hacer, en cambio, y eso es lo que ha hecho Morgan, es batuquear, en una especie de ponche feminista, ciertos datos de la ciencia, elegidos libre y discrecionalmente.

(Información suplementaria para la multitud de lectores que no lee el Diccionario de la Academia y que ni siquiera sabe que existe: *batuquear*, o *bazuquear*, o *bazucar*, significa menear o revolver una cosa líquida moviendo el recipiente en que está.)

### III

## LA VIOLACIÓN SOBRE EL TAPETE

### Recomendación sólita

A una mujer que desgraciadamente tenga que encarar una violación, se le suele recomendar lo siguiente:

«Grita, Chilla, Defiéndete y Suplica.»

De esta manera, en la mitad de los casos, el violador no insistirá en su torpe empeño. Pero, ¿y en los restantes? Ah, en los restantes no habrá nada que hacer, porque el violador, sobre estropear gravemente a su víctima, la violará después, y para colmo y remate, acaso la estrangule o le aseste un mortal navajazo.

¿Y si ella tuviera un revólver en el bolso o la cartera? Pues no le serviría de mucho, porque la mujer, cuando la asaltan, lo primero que deja caer es el bolso o la cartera. Pero aunque no lo deje caer, tendría que ser la suya sangre muy fría para que pudiera usar bien el arma, vale decir, en sazón y con gran rapidez; reacción evidentemente problemática a causa del susto padre que se pegan las mujeres en situaciones así. Admito que las hay diestras en artes marciales, judokas y karatecas. Unas cuantas lo son, ciertamente, pero la mayoría no es capaz de hacer ni siquiera una llave elemental.

## La concesión erótica

En cambio, de lo que sí son capaces las más de las mujeres es de hacer una concesión erótica, que según Frederic Storaska, especialista en este asunto, posibilitará la evitación del agravio.

Hay al respecto un caso fehaciente, el de una muchacha que iba en automóvil con dos jóvenes, y al verlos muy dispuestos a violarla, se sacó uno de los pechos y permitió que uno de ellos, sentado junto al conductor, se entretuviera manoseándolo. Presumió el tal, ingenuamente, que ello presagiaba el coito y comenzó a desvestirse, mientras el conductor detenía el coche para el inicio de la apetecida sesión copulatoria. La muchacha, ni corta ni perezosa, saltó en ese momento del vehículo y se fue como alma que lleva el diablo.

La concesión erótica debe ser convincente; o lo que es lo mismo, buena la teatralización. Confiado por la docilidad fingida de su presa, el delincuente crédulo obrará sin previsión. La presunta colaboradora le acariciará el rostro, como si fuera a besarlo, pero en lugar del ósculo le hundirá violentamente los dedos en los ojos. Ardid conmocionante que permitirá huir a la mujer.

## Otra recomendación

Storaska recomienda también que ella se dé maña para agarrarle los genitales; si lo logra, hará bien si al principio se limita a manosearlos, como quien dice para animarlo y darle confianza; después, eso sí, le agarrará resueltamente los testículos estrujándolos con toda el alma; y mientras el ofensor se retuerce quejosísimo, la mujer emprende la estampida.

## Feministas impugnantes

Los consejos de Storaska no han sido bien recibidos por las feministas, que por supuesto antipatizan con él por considerarlo «*machista*».

Supongamos, dicen, que pese a sus artimañas, no logre la mujer escapar y sea violada. Sentiríase culpable de haber contribuido a su propia deshonra, dolida, muy dolida por el agravio, y amarga, muy amarga por la derrota.

Además, con víctima tan cooperante, el acto no sería propiamente violatorio, sino de aprovechamiento; el hombre, al ver que no se resiste la fémina, aprovecha la ocasión.

(Digresión interparentética: en castellano se dice *aprovechar la ocasión* o *aprovecharse de la ocasión*, pero no «*aprovechar de la ocasión*», construcción gabacha que los puristas censuran fundadamente. En efecto, en francés se dice, por ejemplo, *profiter d'une chose*, lo cual, bárbaramente traducido, sería «*aprovechar de una cosa*»; pero en nuestro idioma no aprovechamos «*de*» las cosas, sino que, sencillamente, aprovechamos las cosas.)

Pues bien: retomemos ahora el hilo del discurso.

## Lo hacedero durante los primeros treinta segundos

En el cincuenta por ciento de los casos, si la mujer, durante los primeros treinta segundos, hace todo lo humanamente posible para evitar la violación, entonces la evitará. Si grita, chilla, pateo y araña, entonces es casi seguro que se salve, siempre y cuando el violador sea de éstos que, asustado, huya ante semejantes manifestaciones.

Pero, ¿y si no es de éstos? ¿Si es más bien de esos otros que no se asustan ni ponen pies en polvorosa, por más algarazara y barullo que arme la víctima?

Si el violador es así, entonces la mujer se expone a que la hiera de consideración y hasta la mate. Enfrentado a una resistencia fiera, puede brutalizarse y hacer cualquier salvajada.

En consecuencia, es mucho mejor que ella proceda con tino, maña y astucia, complaciente y seductoramente.

## Lo que piensan al respecto los mismos violadores

¿Y qué pensarán los propios violadores de todo este aconsejamiento antiviolacional?

Pues les parece, si no despropositado, irreal.

La película didáctica que ha hecho Storaska, titulada *How to say No to a Rapist and survive* (*Cómo decir No a un Violador y sobrevivir*), fue exhibida a un grupo de violadores del Instituto Correccional Somers, de Connecticut. Uno de ellos dijo que Storaska era «un idiota» por aconsejar a las mujeres que fingieran complacer al violador, y agregó que «*inunca!*» permitiría a su propia hija ver la película. Otro manifestó que ésta era más bien «una parodia de la violación».

Nicholas Groth, autor de la obra *Men who rape* (*Hombres que violan*), señala que muchos violadores, desanimados por la resistencia tenaz que encuentran, desisten del intento. Otros, sin embargo, y no son pocos, añade Groth, por esa misma resistencia, en otros casos salvadora, se descontrolan y matan a su víctima.

## Investigación de Pauline Bart

La investigación realizada por la socióloga feminista Pauline Bart, de la Universidad de Illinois, entre noventa y cuatro mujeres que habían sufrido tentativa de violación, revela que la defensa encarnizada es útil.

Storaska no niega que lo sea *en la mitad de los casos*, pero en los restantes es peligrosa; y de lo que se trata, según él, es de correr el menor peligro.

La víctima no sabe si, por defenderse, huirá el ofensor; posiblemente huya, *pero no seguramente*.

¿Y si en lugar de cometer violación, comete homicidio?

O aun sin llegar a tanto, puede herirla brutalmente, desfigurarle el rostro; en fin, nunca se sabe; siempre hay peligro mediante.

## El temor sexual

Es normal que las mujeres teman ser violadas; lo malo es que muchas refuerzan su temor con otro definitivamente irracional: el que sienten por el sexo.

Pienso, claro es, fundamentalmente, en las mujeres de nuestro medio, que todavía creen (no digo todas, pero sí considerable número) en la virginidad y en el «*pecado*» de la masturbación.

Si el sexo las asusta, el sexo *a la fuerza* las tiene que horrorizar. Pedir, pues, a una mujer ignorante y temerosa de lo sexual, no sólo calma suficiente para la simulación erótica, sino habilidad y decisión para agredir oportunamente al violador, es pedir peras al olmo.

## No será propuesta estupenda, pero sí atendible

Desde luego que sin mediar factores adversos como los antedichos, la propuesta de Storaska es atendible, aunque no triaca magna. Serán a veces efectivas sus recomendaciones, mas no infalibles.

Si las feministas las tienen mejores, enhorabuena. Y si no, que averigüen. Al fin y al cabo, la investigación de las cosas remunera más que dedicar tanto tiempo, perdiéndolo, naturalmente, al supuesto machismo de Storaska.

## IV

### ¿SIEMPRE HA INTERESADO LA MUJER AL HOMBRE?

No siempre. El hombre se ha interesado en la mujer por épocas, temporalmente, pero jamás invariablemente. En esto concuerdo con el filósofo español Julián Marías.

Durante la época romántica, la mujer movió y conmovió mucho al varón y lo inquietó sobre manera. Acaso pueda decirse, y sin exageración, que el siglo romántico, el XIX, fue el siglo de la mujer. «*Poesías, suicidios, desafíos* – escribe Luis Bonilla–, *estuvieron a la orden del día inspirados para rendir tributo a la mujer, la cual fue permanente objeto de atención masculina. Pero el hombre no intentaba subyugar e imponerse como en otras épocas, sino echarse siempre rendidamente a sus pies.*» (Bonilla, *La Mujer a través de los Siglos*, 317.)

Otro tanto ocurrió en la Edad Media, en la época de los trovadores y las cortes de amor.

«*A fines del siglo XI y comienzos del XII* –dice José Ortega y Gasset– *se inicia en Francia una manera de sentir el hombre a la mujer que no tiene estrictos precedentes ni en la cultura antigua ni en los siglos de la Edad Media anteriores. El hombre se complace en considerar a la mujer como algo superior a él. Se le rinde culto. Se proyecta sobre la relación sentimental entre ambos sexos la idea de ‘señorío’, que en ese mismo tiempo comienza a informar*

*la sociedad* [es decir, comienza a darle forma substancial]. *La mujer es 'señora' y el hombre su vasallo.*» (José Ortega y Gasset, *O.C.*, VII, 54-55.)

El interés que hoy tenga o pueda tener el hombre en la mujer es relativo. La mujer le interesa poco al varón. Así viene ocurriendo desde hace un tricenio (período de treinta años). Ello se debe a la creciente indiferenciación sexual. Los sexos están despolarizándose, se desdibujan, pierden la claridad de sus perfiles o contornos, tienden a la indeterminación, no son concretos ni definidos. El culo femenino, por ejemplo, está masculinizándose. (Véase al respecto la *Breve Historia del Culo*, de Jean-Luc Hennig, página 155.)

La homosexualidad, la bisexualidad, la transexualidad, la metrosexualidad, el androginismo, el unisexismo, el travestismo, lo intersexual, lo fuera de orden, lo irregular, extravagante y extraño, todo lo que desdibuja e indetermina en materia sexual, todo esto es lo que hoy adquiere notoriedad.

Para que el hombre se interese de veras en la mujer, y la mujer en el hombre, tiene que haber *dimorfismo sexual*, o sea dos formas o dos aspectos anatómicos diferentes, uno para cada sexo, y la *diferenciación psicológica* correspondiente que permita *conductas definidas y propias de cada sexo*.

Me preocupa comprobar que nuestra especie es cada vez menos *dimorfa*. Dícese *dimorfa* de la especie animal o vegetal cuyos individuos presentan de modo normal dos formas o aspectos notoriamente diferentes.

En una época como ésta, tan entreverada sexualmente, el *dimorfismo sexual* está desvaneciéndose. No es, pues, sorprendente que el hombre se interese cada vez menos en la mujer.

Además, hay otro hecho incontrovertible que favorece el desinterés masculino por la mujer. Me refiero a la escasez de hombres. Las mujeres saben muy bien que los hombres

codiciales y apetecibles escasean, y que por el contrario ellas abundan, y en demasía. Este asunto lo ha expuesto fundadamente y con gracia y penetración Eugenia Benfield, en cuyo sentir es más fácil actualmente cazar un ornitorrinco australiano que conseguir marido.

*«No creo ser nada original –manifiesta Benfield– si afirmo que la escasez actual de hombres es sencillamente escalofriante. Cuando voy a un cine o al teatro, de puro masoquista me paro y miro a mi alrededor. ¿Qué veo? Cabelleras largas, rubias o pelirrojas, morenas o castañas, indudablemente pertenecientes a mujeres (con excepción de uno que otro jugador de fútbol). Si voy a un restaurante, café, supermercado, manifestación pública..., mujeres y más mujeres. Gasto una fortuna en un crucero. Craso error. Superabundancia de mujeres en busca de emociones y romance. Ni un galán a la vista. Tal vez el nombre correcto debería ser Crucera.»*

*«Si nunca has estado en uno de esos espectáculos sólo para mujeres, donde musculosos, atractivos machitos bailan seductoramente y realizan un amago de ‘strip-tease’, tengo que decir que esos muchachos son verdaderos valientes. En su lugar, preferiría ser domador de leones sin silla ni látigo antes que enfrentarme a esa jauría de enloquecidas damas, perdida por completo toda compostura, que gritan, puján para acercarse más, meten billetes en el ‘slip’ del pobre indefenso, le quieren arrancar la ropa, tocan en sitios que hasta no hace poco ni osábamos mencionar en público; en fin, un verdadero papelón. Y todo debido a esa terrible escasez [de hombres].»*

(Eugenia Benfield. *¡Quedan hombres! ¿Dónde están los míos?*, [9]-10.)

## V

# MATRIFOBIA

### 1. Idealización de la madre

La imagen prevaleciente de la madre es producto de una idealización. Efectivamente, sólo vemos en la madre perfecciones y excelencias; la adornamos con todas las excelstitudes posibles, la idealizamos al máximo, y, en consecuencia, la hacemos deforme, o sea desproporcionada. Trátase de una desproporción en beneficio de lo bueno; de suerte que la imagen materna que nos hemos forjado es desproporcionadamente buena. (\*)

Al idealizar a la madre, realizamos exclusivamente lo bueno y silenciamos lo malo. El prototipo, el modelo ideal de la madre, establece que ella es abnegada y amante de sus

---

(\*) «En nuestro país, hay una verdadera idolatría por la madre; mamás, mamazas, grandes madres de todo tipo dominan, en fascinante iconografía, nuestros firmamentos privados y públicos: la Madre Virgen, la Madre Mártir, la Madre Roma, la Madre Loba, la Madre Patria, la Madre Iglesia. Pero toda esta enorme presencia de madres, toda esta superabundancia de madres, ¿es convincente? Quiero intentar una interpretación personal que puede irritar a algún docto psicoanalista. Tengo la impresión de que todo este exceso de madres demuestra más bien una carencia de madre. ¿No se nos proponen continuamente sucedáneos de madre, madres-fetiche? Eso es lo que hace la industria, la oferta erótica mercenaria, la pornografía. Creo, por consiguiente, que no hemos tenido lo suficiente de una buena madre y por ello sentimos su falta y nos sentimos con demasiada frecuencia como niños pequeños e incapaces.» (Federico Fellini)

hijos; pero silencio, naturalmente, el hecho de que la madre es también mezquina, egoísta y odiadora de sus hijos. (\*)

## 2. El lado materno sombrío

Esto último no es menos cierto que lo primero. Y, sin embargo, no parece haber, o en realidad no puede haber, por la idealización, conciencia en la gente del lado oscuro y sombrío de la madre.

Refiere Pío Baroja que cierta vez, en una librería de viejo, hojeando una obra del padre Coloma, leyó al frente del primer capítulo esta frase despropositada:

*«En la vida del hombre sólo dos mujeres tienen cabida legítima: su madre y la madre de sus hijos.»*

*«Muy bien –dice Baroja–; pero la madre puede ser egoísta y bruta, y el hijo puede preferir vivir con una tía o con un ama de llaves, si la tiene; la mujer puede ser sucia, abandonada, desagradable y hasta borracha, y el hombre puede preferir el ir a vivir con la criada. Cierto que el padre Coloma no era sociólogo; lo he recordado como consejero: como consejero en un asunto amoroso.»* (Como consejero amoroso, Coloma fue, según don Pío, un «teórico de la utopía».)

No hay, pues, como se ve, ni siquiera entre los cultos, percatación del lado materno sombrío.

Ahora bien: no sólo se trata de reconocer dicho lado; se trata así mismo de preguntarse si el otro es tan bueno como lo pintan.

---

(\*) «Usted pregunta, asombrada, si es posible que haya madres que odien a sus hijos. Claro que las hay, y no son siempre las almas brutales de que nos hablan las terribles historias de los niños-mártires; son, a veces, naturalezas finas y de alta moral a quienes ese odio hace sufrir atrocemente.» (Wilhelm Stekel)

### 3. La maternidad: mezcolanza existencial

Simone de Beauvoir recuerda a este propósito que la religión de la maternidad proclama que toda madre es ejemplar. Generalización falsa, desde luego, porque la maternidad suele ser una mezcla extraña y confusa de narcisismo, altruismo, sueños, sinceridad, mala fe, devoción y cinismo.

«¡Cuán fuerte, egoísta y feroz –exclama Isidora Duncan– es el amor de madre! No creo que sea muy admirable.»

Y la célebre bailarina lo sabía muy bien, porque era madre.

Dice Alvin Toffler, en *El «Shock» del Futuro*, que la crianza y educación de la prole sigue siendo «*el mayor privilegio del aficionado*», no obstante la complejidad creciente de la labor educativa.

Las madres, o las que van a serlo, carecen generalmente de preparación, y por lo tanto maleducan lastimosamente a sus hijos; y esto encierra, como señala Beauvoir, una paradoja criminal, una mala fe extravagante. En efecto, se mantiene el desprecio de la mujer y su indesarrollo, y a un tiempo se le exalta en cuanto madre.

¿Pero cuántas mujeres pueden ser verdaderamente buenas madres? ¿Cuántas son las que tienen base para ello, aparte de su destino biológico?

Asegura Esther Vilar, en su libro *El Varón Polígamo*, que el amor maternal y el amor paternal son «*dos sentimientos de intensidades idénticas y que tienen orígenes exclusivamente biológicos*».

Yo me he preguntado si es concepción fundada la recién dicha; si es, como sostiene Esther, pura biología el amor; si el amor, en fin, es realidad de la sola naturaleza. Creo que no. El amor no es naturaleza, sino *artificialidad*. El amor es producto facticio (no ficticio), es producto cultural. Y aunque en todos existe, desigualmente distribuida, la capacidad de

amar, ésta, como cualquier otra, necesita de desarrollo. El amor no crece con espontaneidad vegetal. El amor es un arte. Por eso, para amar debidamente se ha menester del desarrollo de la personalidad y del enriquecimiento del espíritu; y ya se sabe que las madres, y en general las mujeres, sufren de postergación, y lo que es peor, les gusta, en muchísimos casos, estar postergadas, o les conviene. No tienen, pues, oportunidad de crecer; y para amar como se debe es necesario haber crecido. Crecimiento que demanda de un esfuerzo sostenido y de un interés permanente.

*«El tamaño y la promesa de una historia cualquiera –escribe Macera– dependen siempre de nuestro propio tamaño.»*

Del amor se podría decir lo mismo.

En consecuencia, el mentadísimo amor materno, puro y desinteresado, es simplemente un lugar común, un estereotipo. Beauvoir ha dicho con razón que no hay madres *«desnaturalizadas»*, porque el amor de madre no tiene nada de natural; pero precisamente por eso hay malas madres.

#### **4. Las madres de Rimbaud y de Balzac**

Una de ellas, la de Rimbaud, abofeteaba al poeta por cualquier motivo y lo hacía *«sudar obediencia durante todo el día»*, según dice el propio Rimbaud.

*«¡Qué madre! –exclama Henry Miller, refiriéndose a la de Rimbaud–. La encarnación misma de la estupidez, el fanatismo, la terquedad y el orgullo.»*

Madre odiosa fue también la de Balzac.

*«La naturaleza –dice Balzac– rodea siempre las rosas de espinas y los placeres de multitud de pesadumbres. Mamá sigue el ejemplo de la naturaleza. Es insoportable*

*durante cinco horas y alegre, afable, un momento.»* (A su hermana Laura, julio de 1821.)

*«Claro que no te pido que finjas sentimientos que no tienes, pues Dios y tú sabéis que no me has abrumado a caricias ni a ternuras desde que estoy en el mundo.»* (A su madre, marzo de 1849.)

*«Jamás he tenido madre. Hoy, el enemigo se ha declarado; jamás te he descubierto esta herida; era demasiado horrible, y es preciso verlo para creerlo.»* (A la señora Hanska, 1846.)

*«Por otra parte, creo que es preciso que sepas por qué no quiero que haya la menor relación de familia entre tú y los míos. He adoptado formalmente la decisión, por lo que a mí respecta, de no ver a mi madre más que el primer día del año, el de su santo y el de su cumpleaños, durante diez minutos.»* (A la señora Hanska, 1846.)

(Aunque nosotros usamos *santo* y *cumpleaños* como sinónimos, nótese que en el pasaje recién transcrito el día del santo se refiere a la festividad del santo, o en este caso, santa, cuyo nombre llevaba la madre de Balzac, a saber, Ana. La fiesta de Santa Ana es el 26 de julio.)

## 5. La madre de Rilke

Rilke consideraba que su madre era absolutamente insufrible.

*«Mi madre –escribe el poeta– ha venido a Roma y todavía está aquí. La veo muy pocas veces, pero –tú lo sabes– cada encuentro con ella es una especie de recaída. Cuando veo a esta mujer, perdida, irreal, que no guarda relación con nada, que no puede envejecer, siento cómo, ya desde niño, me he afanado por alejarme de ella, y temo muy dentro de mí que, tras años de andar y correr, no esté todavía lo suficientemente lejos de ella, que aún albergue en el interior movimientos que son la otra mitad de sus malogrados gestos, fragmentos de recuerdos que,*

*hechos añicos, ella acarrea consigo. Me horripila entonces su dispersa religiosidad, su porfiada fe, todas esas deformaciones y muecas a las que se ha apegado, vacía ella misma como un traje, fantasmal y espantosa. ¡Y que yo sea, sin embargo, su hijo!»* (Carta de Rainer María Rilke a Lou Andreas-Salomé, fechada el 15 de abril de 1904.)

Véase, además, la siguiente observación de Lou Andreas-Salomé:

*«Después de charlar, en cierta ocasión, los tres juntos [Lou, Rilke y la madre de éste], varios años después, en París, aún le maravillaba que su madre no provocase repulsión desde la primera mirada, y que a mí me hubiese parecido, simplemente, hartamente sentimental.»*

## 6. Schopenhauer y su madre

Inarmónica y tirante fue la relación de Schopenhauer con su madre. Ella, que era escritora, no reconocía el talento de su hijo, y éste le reprochaba no haber respetado suficientemente la memoria de su consorte, que había muerto, o mejor dicho, que se había suicidado en 1804.

La convivencia de Schopenhauer con su madre, en Weimar, acentuó más las diferencias que se habían manifestado entre los dos caracteres. Cuando él le leyó el título de su obra *La Cuádruple Raíz del Principio de la Razón Suficiente*, ella le preguntó si era un libro para boticarios, a lo cual Schopenhauer, iracundo, replicó: *«Mi libro se leerá cuando de los tuyos quede, si acaso, algún ejemplar en la covacha de un traperero.»* Y ella, sarcástica, le dijo: *«De los tuyos quedarán las ediciones enteras.»*

## 7. La madre de Flaubert

Gustave Flaubert, en una carta sin fecha a Louise Colet, le dice lo siguiente:

*«Comparas tu amor con el de mi madre, y yo lo comparo también. Y me preguntas si me burlo de ése. Uno no se burla de lo que le abrumba, pues ese afecto me incomoda horriblemente. Estoy muy harto de él, palabra. Además, no puedo evitar el conservar un eterno rencor hacia quienes me han traído al mundo y me retienen en él, lo que es peor.»*

## **8. La madre de Valcárcel**

La madre del historiador Luis Eduardo Valcárcel era voluntariosa, terca, impositiva y malgeniada. La discordancia entre madre e hijo llegó a ser la regla y el distanciamiento entre ambos, paulatino e inevitable.

*«A partir de la muerte de mi padre —dice Valcárcel—, mi madre quiso tomar las cosas enteramente a su cargo. Sin embargo, desde el primer momento le hice saber que no pensaba mantenerme bajo su tutela, que no creía en sus ideas religiosas y que, a partir de entonces, no iba a volver a rezar el rosario ni a entrar a la capilla. Fue un rompimiento profundo; ella devota y yo irreligioso. Si hubiese seguido todas sus indicaciones, tal vez hubiese terminado siendo fraile. Se empeñaba en que leyese diariamente la Biblia, a lo que yo me negaba argumentando que era un libro muy denso para mi edad.*

*«Cuando se trataba de la satisfacción de sus deseos, mi madre era una mujer muy terca. Apenas se le ocurría viajar a Mollendo o Arequipa, no me quedaba otra alternativa que costear sus gastos. Lo mismo sucedía con las donaciones a los conventos. Continuamente recibíamos la visita de misioneros necesitados de dinero, que salía de los fondos familiares. Así, paulatinamente, nos fuimos distanciando, mientras que en lo íntimo yo recordaba a mi padre y añoraba la forma en que nos trataba. Mi madre, además, tenía mal carácter, por lo que siempre estábamos en pugna; era ruda y mandona con la servidumbre, lo que dejaba ver sus sentimientos antiindigenistas. Por*

*el contrario, era muy sumisa con su confesor, el padre Castillo, un cura de origen humilde que olía a tabaco y chicha. Yo lo detestaba, lo consideraba inferior, sin ninguna cualidad espiritual.»*

## 9. La madre de Miller

El célebre novelista Henry Miller se expresa como sigue en su obra *El Tiempo de los Asesinos*, que es un estudio sobre Rimbaud:

*«En mi infancia, solían decir que era ‘un ángel’. Pero el demonio de la rebeldía se había apoderado de mí a edad muy temprana. Y fue mi madre la que me lo insufló. Contra ella y contra todo lo que ella representaba dirigí mi incontrolable energía. Ni una sola vez, hasta la edad de cincuenta años, pensé en ella con afecto. Aunque nunca me puso trabas –simplemente porque mi voluntad era la más fuerte–, yo sentía su sombra, constantemente, en mi camino. Era una sombra de desaprobación, callada e insidiosa, como un veneno que se va inoculando lentamente en las venas.»*

En carta a Brenda Venus, fechada el 13 de junio de 1976, Henry Miller se expresa así:

*«Me das la impresión de ser una joven muy seria. También me sorprende que ames a tu madre. Hoy la mayoría de las jóvenes odia a sus madres. Yo odié a mi madre como al veneno. Nunca me pude sobreponer a ello.»*

## 10. La madre de Querol

El psiquiatra Mariano Querol tuvo una infancia muy desdichada, en Barcelona, porque su madre era de las pegadoras, y él, aunque chico, no se achicaba por los golpes que recibía.

*«Yo era cada vez más rebelde –dice Querol– y mi mamá me pegaba cada vez más. Recuerdo con claridad*

*que llegó a pegarme con las correas de unos baúles de cuero, muy grandes y muy gruesas. Naturalmente que en el momento cumbre de los correazos, yo gritaba como un cerdo al que iban a matar, y todo era una confusión de gritos, correazos, arrastradas por el suelo, hasta llegar a un cuartito que quedaba en los altos, donde guardaban los baúles, y donde depositaban todo lo que quedaba de mí: el llanto, el miedo, la humillación. Era otro el castigo entonces: el terror en un cuarto a oscuras, mi llanto rebotando en la oscuridad. En la parte alta de ese cuarto había una ventanita parcialmente oculta por los baúles apilados. Trepando por los baúles llegaba hasta ella y la abría. Esa luz y ese fresco me consolaban un poco, y ahí me quedaba dormido.»*

Cuando Querol regresó al Perú, con sus hermanos y con su madre, tenía cinco años de edad; era la década de 1930.

*«Mi padre –dice Querol– era un hombre muy simpático y yo lo sentía como mi aliado; esto hizo que las cosas entre mi madre y yo se distendieran un poco, sólo un poco. Después del infierno barcelonés, era lógico que yo me refugiara en mi padre, que siempre me brindó un trato dulce, humano, cálido. Él no era de pegar; y mi madre, desde que empezamos a vivir en Lima, tampoco me pegaba, pero ya existía de mí hacia ella una barrera invencible de temor, fastidio y desapego.»*

## 11. Odio, amor y estupidez

En la apasionada o enconada aversión hacia persona o cosa, no es infrecuente que nos demasemos. Y también en el amor, también. Y de estas demasías a la estupidez es corto el tramo.

*«A veces –afirma Menninger– todo el mundo, hasta cierto punto, odia estúpidamente y ama estúpidamente. Quizá sería más exacto decir que a veces odiamos a quienes no debemos y amamos a quienes no debemos, o que, como quiera que el amor y el odio están fusionados,*

*hay a menudo odio excesivo en nuestras relaciones con alguien a quien debiéramos amar, y demasiado amor por alguien a quien, en nuestro propio interés, debiéramos más bien odiar.»*

## 12. Dos dulcedumbres

Amor y odio, juego permanente de dos dulcedumbres. Ya lo había dicho Henry Longfellow:

*«No hay nada tan dulce en el mundo como el amor. Después del amor, lo más dulce es el odio.»*

## Fuentes

Federico Fellini, *Apuntes*. Barcelona, Muchnik, 1987, 94. / Wilhelm Stekel, *Cartas a una Madre*. Buenos Aires, Ediciones Líbera, 1966, 182. / Pío Baroja, «El tema sexual en la literatura». En: *Genética, Eugenesia y Pedagogía*. Edición de Enrique Noguera y Luis Huerta. Madrid, Javier Morata, 1934, I, 87. / Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo*. Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1957-1958, II, c. 6: «La madre.» / Isadora [Isidora] Duncan, *Mi Vida*. Segunda edición. México, Compañía General de Ediciones, 1959, 260. / Alvin Toffler, *El «Shock» del Futuro*. Barcelona, Plaza & Janés, 1973, 300. / Esther Vilar, *El Varón Polígamo*. Tercera edición. Barcelona, Plaza & Janés, 1975, 17. / José M. Sacristán, *Genialidad y Psicopatología*. Madrid, Biblioteca Nueva, [c. 1960], 206. / Pablo Macera, *Las Furias y las Penas*. Lima, Mosca Azul, 1983, 330. / Gaëtan Picon, *Balzac por él mismo*. México, Compañía General Fabril de Ediciones, 1960, [32], [33], 34. / Lou Andreas-Salomé, *Mirada Retrospectiva*. Madrid, Alianza Editorial, 1981, 122. / Arturo Schopenhauer, *El Mundo como Voluntad y Representación*. Traducción y presentación de Eduardo Ovejero y Mauri. Buenos Aires, Biblioteca Nueva, 1942, iii. / Gustave Flaubert, *Cartas a Louise Colet*. Traducción, prólogo y notas de Ignacio Malaxecheverría. Madrid,

Ediciones Siruela, 1989, 114. / Luis Eduardo Valcárcel, *Memorias*. Editadas por José Matos Mar, José Deustua C. y José Luis Rénique. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981, 191-192. / Henry Miller, *El Tiempo de los Asesinos*. Madrid, Alianza Editorial, 1983, 22-23, 103. / [Henry Miller], *Dear, Dear Brenda. The Love Letters of Henry Miller to Brenda Venus*. Edición de Gerald Seth Sindell. Prefacio de Lawrence Durrell. Nueva York, William Morrow and Company, 1986, 19. / Mariano Querol, *Memoria del Cautiverio*. Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia / Cedro, 1997, 81, 132. / Karl Menninger, *Amor versus Odio*. Con la colaboración de Jeanetta Lyle Menninger. Caracas, Monte ávila, 1970, 26. / Cesáreo Goicochea Romano, *Diccionario de Citas*. Segunda reimpresión. Barcelona, Editorial Labor, 1955, cita 467.

## VI

### IZQUIERDISMO TETAL

Salvat ha publicado en dos tomos el libro de Anthony Smith, *La Mente*. La traducción es a ratos detestable y la ausencia total de ilustraciones dificulta sobre manera la comprensión de los tres capítulos de la segunda parte, que resultan densísimos. Sin embargo, hay en esta obra una serie de noticias interesantes.

Smith menciona, por ejemplo, el hecho generalizado de que la piel del lado izquierdo del cuerpo es más sensible que la del lado derecho. La teta izquierda es, por supuesto, más sensible y estimulable, quiero decir, más excitable, que la teta derecha. De ello se lamenta Douglas Hayes en su novela *The War of '39*: «Pobre pecho derecho –dice–, no es justo: el izquierdo se queda con todo el amor.»

Las más de las mujeres, casi todas, no tienen ni la más remota idea de este curioso izquierdismo tetal. Y dígase otro tanto de los hombres, que tampoco saben nada. Pregunté a veintitrés hombres sobre el particular; los veintitrés ignoraban el asunto, con *ignorancia supina*, que es la que procede de negligencia en aprender e inquirir lo que puede y debe saberse.

Sometí entonces el punto a la consideración de diecisiete mujeres. Sólo dos se habían percatado del izquierdismo tetal; el resto, o sea, la inmensa mayoría, lo ignoraba, con ignorancia profunda y deplorable, desconociendo a un tiempo, claro está, que la ignorancia de las cosas que deben saberse no exime de culpa.

## VII

### EL AMOR SIN CARA

Difícil es para nosotros, difícilísimo, relacionarnos sexualmente con una mujer si antes no le hemos visto la cara. No podemos prescindir del conocimiento de sus rasgos faciales. Es algo inevitable.

El hombre que tuviera que poseer siempre a una mujer con la cara tapada, dice Emil Ludwig, llegaría a volverse loco, ante la idea de que, en definitiva, no sabe a quién se entrega.

José Ortega y Gasset, al comentar la costumbre que tienen los españoles –y no sólo ellos– de mirar a las mujeres en el tranvía, manifiesta que cuando él hizo la experiencia, notó que la mirada se fija primero en el rostro entero, en el conjunto y parece tomar una orientación; luego elige una facción, la frente acaso y se desliza por ella.

Cumplida esta evaluación, casi instantánea, del conjunto facial, suele dirigirse la mirada a otra parte del cuerpo femenino. El psiquiatra inglés Clifford Allen opina que el varón, después que le mira la cara a la mujer, fija inmediatamente su mirada en los pechos, como si en ello obedeciera a un reflejo automático. Ludwig creía lo mismo. No hay nada, decía, que logre encadenar más fuertemente la fantasía del hombre ni turbarle tanto, como los pechos de una mujer. Cuenta al respecto Alberto Moncada, en su libro *Los Usos de la Sexualidad en la España Actual*, que cuando le preguntaron a un pediatra cuál era su opinión

Si desea continuar leyendo, puede adquirir  
el libro en formato físico a través  
de nuestra tienda virtual